

«LAS MUSAS DE LA IRA»

Que no aprenda ciencia, que la invente...
Rousseau, *Emilio, o de la educación* (1762, III).

La lectura de este admirable y utilísimo libro de María Teresa González Cortés objetiva una imagen de Rousseau que, en relación con la literatura y la filosofía, resultará difícil de ignorar. Rousseau, consecuencia en cierto modo del protestantismo calvinista, ha sido el iluminado político y el artífice ideológico de mucha y muy contemporánea literatura —en el peor sentido de la palabra— que, siguiendo a la autora, ha de reconocerse inspirada en *las musas de la ira*.

Rousseau es la comadrona de la posmodernidad. Es un hecho que hay que declarar sin rodeos ni complejos. Apenas leído por quienes se presentan como sus seguidores y discípulos, ha instilado utopías y distopías, ha promovido contradicciones flagrantes a través de innumerables retóricas de pensamiento sofista, ha justificado aberraciones pedagógicas que llegan a nuestros días, ha convertido cualquier forma de revolución en una declaración de egolatría, y ha perpetuado y consolidado la fórmula luterana que reduce la libertad del ser humano a un “hecho de conciencia”, es decir, a un ejercicio psicológico y fideísta de imaginación y de fantasía, capaz de sustraerse a todo pragmatismo político y a toda interpretación normativa del ordenamiento jurídico de un Estado. Rousseau es el mayor sofista que ha conocido la Edad Contemporánea, muy superior, sin duda, a cualesquiera de sus más aventajados discípulos posmodernos, como Derrida, Foucault o Vattimo, entre tantísimos otros, cuya influencia se observa hoy por hoy como una bajamar de metáforas aburridas e inútiles.

Del conjunto de la obra crítica de María Teresa González Cortés ha de subrayarse una trilogía de títulos de máxima relevancia: *Los monstruos políticos de la modernidad. De la Revolución francesa a la Revolución nazi (1789-1939)* (Ediciones de la Torre, 2007), *Distopías de la Utopía. El mito del multiculturalismo* (Editorial Academia del Hispanismo, 2010), y ahora la que el lector tiene en sus manos: *El espejismo de Rousseau. El mito de la posmodernidad* (2012). El conjunto de estas tres obras constituye un sistema de pensamiento crítico del más poderoso calado para examinar desde la Historia, la Filosofía y la Política toda posible interpretación de nuestro mundo y nuestra sociedad contemporáneos.

En suma, la obra de María Teresa González Cortés pertenece al género de escritos que se denominan de *crítica ignífuga* o *ensayo refractario*, es decir, esa serie de publicaciones que no se deteriora en manos de las masas, que no sale al mercado de la opinión pública rodeada de la más ruidosa propaganda comercial, y autoetiquetada con el marchamo de términos que buscan el espectáculo del pseudobestseller, y que en realidad son retórica de consumo, libros de autoayuda para intelectuales de ocasión o simplemente trampantojos académicos, que el tronado de tres meses en una librería de aeropuerto borra para siempre del acceso al público y del interés efectivo, que en realidad nunca tuvieron. Este tipo de obras, las meramente consumibles e inflamables en la pira de la prensa diaria, tienen como artífices no a sus autores —que son meros instrumentos o pantallas nominales—, sino a sus promotores editoriales, industriales y mercantilistas. Por el contrario, el ensayo refractario, la crítica ignífuga, no se consume tan rápidamente. Ni mucho menos. Es un tipo de libro que, sin llegar al escaparate de las masas, ni pretenderlo, sobrevive en la evolución del conocimiento crítico a través de la lectura de minorías que saben interpretarlo como es debido. Hablamos de obras críticamente duraderas.

En su libro *Distopías de la Utopía. El mito del multiculturalismo* (2010), María Teresa González Cortés examina con rigor las interpretaciones que buena parte de la intelectualidad acomodada y acrítica hace del multiculturalismo de las sociedades posmodernas contemporáneas. La autora demuestra que muchas de estas interpretaciones son solo un mito o una utopía. Sin embargo, como he señalado con frecuencia, la masa no quiere ni la libertad ni la razón. Prefiere siempre sus

experiencias ficticias: la utopía y la religión. El multiculturalismo es un fenómeno que exige ser interpretado siempre en relación con la realidad y los hechos de los que brota y forma parte. Las culturas pueden considerarse al menos desde tres puntos de vista. En primer lugar, se puede afirmar que una determinada cultura es mejor y superior que las demás: es el caso del etnocentrismo y del nacionalismo (“mi cultura es la mejor”). En segundo lugar, se puede considerar que todas las culturas existentes son iguales, que tienen el mismo valor e importancia para todos y cada uno de nosotros: es la isovalencia cultural o relativismo cultural (“vivas en la cultura que vivas, todo es igual, porque todas las culturas están en relación de igualdad”). En tercer lugar, se puede sostener que cada cultura es propia e insustituible, y que entre ellas no hay relación alguna, porque cada una es única e intransferible: es la tesis del multiculturalismo y las etnocracias (“sólo los miembros de la cultura A pueden entender a los miembros de la cultura A”).

En realidad, estas tres concepciones de cultura son falsas, porque incurren respectivamente en los mitos del egoísmo colectivo (“yo pertenezco a los mejores”), la igualdad de lo que es realmente diferente (“la igualdad de derecho sustituye a la diferencia de hecho”) y la negación del intercambio de conocimientos objetivos (“solo los de mi grupo, sexo, raza o credo me pueden comprender; los demás, no”)¹.

Teresa González Cortés critica la mitificación de la idea de cultura, en la línea del pensador Gustavo Bueno (*El mito de la cultura*, 1997), y desemboca en una crítica, no menos poderosa, de la idea de multiculturalismo como una de las formas de la utopía posmoderna. El peligro de los altos ideales, particularmente los utópicos, es que se alejan de la realidad. Isaiah Berlin lo expone claramente en “La persecución del ideal”, cuando afirma que “las utopías tienen su valor (nada expande tan maravillosamente como ellas los horizontes

¹ Imprescindible sobre estas cuestiones es el artículo de Gustavo Bueno titulado “Etnocentrismo cultural, relativismo cultural y pluralismo cultural” (*El Catoblepas*, 2 (3), 2002, en <<http://www.nodulo.org/ec/2002/n002p03.htm>> (14.10.2012). En la misma línea, y del mismo autor, es de lectura obligada *El mito de la cultura. Ensayo de una filosofía materialista de la cultura*, Barcelona, Editorial Prensa Ibérica, 1997.

imaginativos de las potencialidades humanas), pero como guías a seguir pueden resultar literalmente fatales". Y añade, respecto al sacrificio que exigen estos ideales, que "de lo único que podemos estar seguros es de la realidad del sacrificio, la muerte de los muertos. Pero el ideal por el que mueren sigue sin hacerse realidad". Son palabras de Isaiah Berlin en *El fuste torcido de la humanidad*². No debe resultar exagerado afirmar que los sueños son la venganza del irracionalismo contra la vida cotidiana, racional y civilizadora de la vigilia. Quien vive soñando no solo vive con los ojos cerrados a la realidad, vive ante todo tramando cómo poner en peligro la vida de los demás, con frecuencia bajo la forma de la utopía, esa cara bonita que adopta la pesadilla cuando florece en la vigilia de las sociedades políticas, por boca de sus profetas y mesías. El racionalismo de la vigilia de las sociedades civilizadas debe limitar los excesos de la mística del soñador que pretende imponer utopías mitológicas.

Toda mitología exige que se cumplan sus ilusiones. La mitología es, esencialmente, una explicación ideal e imaginaria de hechos. No científica, ni crítica. Con todo, la mitología está destinada a poblar un mundo visible. A poblarlo de irrealidades, naturalmente. Los utopistas saben que un mito basado solo en ficciones muere. El mito necesita una base real: es decir, unos intereses ideológicos, políticos, religiosos, siempre prácticos, siempre inmediatos, siempre terrenales. El multiculturalismo considera que las culturas tienen derechos propios, inalienables, los cuales están por encima de los derechos de las personas, es decir, que los gremios étnicos deben ser respetados por sus costumbres, incluso aunque tales costumbres destruyan los derechos de los individuos que forman parte de sus colectividades. De esta forma, en nombre de la cultura, es decir, de las culturas, en nombre del multiculturalismo, en suma, se impone a los individuos unas normas culturales que limitan sus libertades humanas esenciales: ablación femenina, matrimonios concertados, prácticas tribales... En nombre de la cultura y del multiculturalismo se puede vulnerar posmodernamente los derechos humanos más fundamentales. Según

² Ed. española en Barcelona, Península, 1992.

la autora del libro, es lo que sucede cuando la cultura queda en manos de sofistas, que tratan de convencer con argumentos falsos.

En su nueva obra, *El espejismo de Rousseau. El mito de la posmodernidad*, María Teresa González Cortés arroja nueva luz y consolidada crítica sobre estas y más complejas cuestiones. El espejismo o ilusionismo desde el que a lo largo de los últimos dos siglos se ha interpretado a Rousseau refleja que no se ha querido ver en los escritos de este autor una realidad tan evidente como voluntariamente eclipsada. Rousseau fue un ciudadano ilustrado enemigo de la civilización y contrario al racionalismo, es decir, apologista de la barbarie y de la negación de un mundo compartido. Porque solo la razón puede permitir la interpretación compartida de un mundo que es idéntico para todos, antes de ser desigual para cada uno. Rousseau fue un hombre opuesto al progreso y al capitalismo, pese a fundamentar la retórica de su pensamiento en el fideísmo protestante de articulación calvinista, e hizo apología de una idea de progreso basada en la *insipiente naturalista*, ignorando que no hay forma alguna de progresismo al margen de cualquier forma posible de capitalismo: porque es el capital el que determina el progreso. Rousseau fue además un místico del nacionalismo romántico y también posmoderno —nuestro nacionalismo contemporáneo—, que vindica para sí mismo la forma más sofisticada e irreal de sociedad política, la utopía de la nación emancipada de la realidad política, estatal, histórica, lingüística y financiera de las demás naciones o sociedades humanas. Rousseau sustituye el conocimiento de la Historia por la mística del Mito, así como la exigencia de racionalismo humano por la emoción de la egolatría individualista y gregaria.

Admirador literario de Robinson Crusoe, la novela de Daniel Defoe que, publicada en 1719, constituye una de las manifestaciones más expresivas de lo que es la literatura programática o imperativa —aquella que combina componentes racionalistas en tanto que subordinados a contenidos acrílicos e ideológicos³—, Rousseau impone desde modelos individualistas de este tipo toda una utopía política destinada a contratarnos socialmente a todos para su propia causa. La

³ Vid. Maestro, *Genealogía de la Literatura* (Editorial Academia del Hispánico, 2012).

literatura utópica, de la que *Robinson Crusoe* (1719) de Defoe y el *Emilio* (1762) de Rousseau son testimonios ejemplares, se basa en una fórmula esencialmente muy simple: la implantación o combinación de *términos reales* —seres humanos normales y corrientes— en un contexto de *relaciones irreales* —una isla desertizada, tan imposible como verosímil, y un pedagogo que enseña lo que no sabe—. He aquí el genoma de la utopía: partir de la realidad para postular seductoramente un imperativo imposible y normativo. Y desembocar —por supuesto sin remedio— en el matadero, sea la guillotina, sea Auschwitz.

He escrito hace un momento que Rousseau era un individuo empeñado en negar la experiencia de un mundo compartido, y en llevar a cabo esta negación desde el irracionalismo más autoritario. ¿Por qué? Porque quien niega la razón —y este es un imperativo nihilista tan posmoderno como contemporáneo— niega toda posibilidad de vivir en una realidad social o en un mundo compartido. El roussoniano *contrato social* se construye sobre la más pura de las ficciones y sobre la más irreal y nociva de las utopías: el mito oximorónico de *la solidaridad del egoísmo colectivo*. La máxima encarnación de esta aberración ideológica y mítica es la combinación de “izquierda” y de “nacionalismo”. Al igual que Cristo, Rousseau propugna perdonar a los enemigos personales —*perdonar al prójimo*—, esto es, a los enemigos que pertenecen al mismo gremio o grupo (etnia, sexo, nación, ideología...), pero no perdonar a los enemigos sociales —es decir, *a los enemigos de Dios*—, aquellos que no comparten ni quieren compartir nuestro *ideal* —divino— de grupo, gremio, nación, sociedad, raza, sexo o cultura. Los enemigos del Estado no podrán ser ciudadanos del Estado y, sin excepción, deben ser exterminados. Como los enemigos de todo Dios. De hecho, todos los nacionalismos se basan en este misticismo irracionalista de la secularización de valores sociales, culturales, territoriales, psicológicos, religiosos, mitológicos o numinosos. El nacionalismo es la forma más contemporánea y común de irracionalismo, y su finalidad es ante todo oligarca y económica. Es la forma posmoderna del feudalismo contemporáneo. Solo la irracionalidad colectiva puede explicar su éxito político, sin duda anclado en propósitos económicos y en gremiales oligarquías financieras.

Ha de insistirse en ello: Rousseau inspira y estimula la negación ególatra de un mundo compartido. Porque la razón es aquella facultad humana que permite construir criterios cuyo fin es interpretar la

realidad de forma compartida. La razón es, pues, facultad constituyente de criterios capaces de construir, comunicar e interpretar, una *realidad compartida*, por supuesto socialmente, y siempre de forma sistemática, causal y lógica. El egoísmo colectivo que pretende negar esta realidad compartida, emulsionarla y descoyuntarla, a la que de forma real y efectiva nadie puede sustraerse ni negarse, sino es por la puerta de la locura, el irracionalismo y la utopía, encuentra en Rousseau uno de sus principales gérmenes.

Muchas de las declaraciones que nos ha legado Rousseau solo pueden leerse, hoy como en el momento en que se escribieron, como auténticas aberraciones. Únicamente una interpretación literaria, poética o fabulada —como la que cabe hacer de la obra de Freud, por ejemplo, cuya obra solo puede leerse hoy día como una serie de iluminadas novelas, acaso como un *Bildungsroman de senectute*, dada su falta absoluta de rigor científico— es capaz salvaguardar la lectura de buena parte de los textos de este ginebrino intermitente.

¿Quién suscribe hoy, y desde qué argumentos, estas declaraciones?: “El niño que lee no piensa, no hace más que leer; no se instruye, aprende palabras” (p. 244)⁴. ¿Qué cabe esperar de esta ordenación pedagógica, dirigida a la formación de la inteligencia del ser humano?: “Que no aprenda ciencia, que la invente” (244). He aquí el imperativo categórico de Nietzsche, Heidegger, Derrida, Foucault, Feyerabend, Vattimo... Alan Sokal, sin embargo, supo ridiculizarlo muy bien en su célebre e inteligente burla de la impostura intelectual, cuando en 1996 demostró la farsa internacional de los comités científicos y académicos destinados a examinar la solvencia de las investigaciones científicas⁵. Sobre todo las que se desarrollan en las universidades estadounidenses. Es innegable que Rousseau habla como un sofista, cuyo ideario es explícito: “Hago que paguen mis trucos, no mis lecciones” (255). Para confirmar una clara advertencia: “Tened en cuenta que importa más ser charlatán que hábil” (290). En verdad que nos lo han demostrado

⁴ Vid. Jean Jacques Rousseau, *Emilio, o de la educación* (1762), Madrid, Alianza, 1998.

⁵ Vid. Alan D. Sokal, *Beyond the Hoax: Science, Philosophy and Culture*, Oxford, Oxford University Press, 2008. Trad. esp. de Miguel Candel: *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*, Barcelona, Paidós, 2009.

muchas veces, y muy bien, sobre todo en los centros universitarios y académicos. Y una conclusión final, propia de un cínico que condena en los demás lo que él mismo practica sin reservas: “Odio los libros: sólo enseñan a hablar de lo que no se sabe” (269). He aquí la tesis de Derrida, que tanto escribió para deslegitimar el valor de la escritura (de la de los demás, claro, no de la suya propia). Rousseau, esa comadronea de la posmodernidad, deja la puerta abierta a uno de sus más célebres místicos, Federico Nietzsche, al que María Teresa González Cortés dedica interpretaciones muy acertadas en el capítulo final de esta monografía: “En vano —escribe Rousseau preludiando a Nietzsche— la tranquila razón nos hace aprobar o censurar, sólo la pasión nos hace obrar” (269).

La originalidad, la valentía, el racionalismo y el acierto de esta obra de María Teresa González Cortés convierten a sus libros y a su autora en una de las mujeres cuyo reconocimiento en el ejercicio de la crítica contemporánea no puede ni debe ser ignorado. Su obra constituye el testimonio más explícito y brillante del *ensayo refractario* o *crítica ignífuga*, aquel que, frente al consumible de los libros ruidosos y de ocasión promovidos por los grandes grupos financieros, da lugar a un pensamiento incombustible, pasen los años que pasen.

Jesús G. Maestro